

Título: De la Turujalba a Torrejalba

Autora: María Ruiz Sastre

Desde niña he oído hablar en casa de la Turujalba; Turujalba o torre de Ujalba. Así es como mi padre la llamaba cuando iba a ese paraje a cazar liebres con galgo por los años cuarenta y cincuenta. Siempre la he visto igual, esbelta, descarnada, faltándole la puerta superior que en su día debió tener. Desde ella se contempla el avance del aún joven río Duero, con sus vueltas y revueltas, y en días alciónicos las inconfundibles siluetas del Moncayo, Cebollera y Urbión.

Sé que en esa torre o quizá en una de las fuentes que brotan próximas, mis padres se hicieron novios hace más de 50 años y que mi padre plantó en su entorno varios chopos, de los cuales hoy, todavía, se mantiene en pie uno de ellos.

Esa vinculación sentimental de mis padres con el entorno ha hecho que hayan sido muchas las veces que haya ido hasta la torre a disfrutar de ella, de sus encinas, y de ese limpio paisaje que se extiende hasta los límites provinciales.

Pero en 2004 se produce un hecho que cambia, en algún modo, esa vinculación y la hace aún más estrecha y aún más mía. Se acerca el día de Navidad y pienso que la Turujalba va a ser el lugar para celebrar la comida navideña con mis padres, lejos de nuestra confortable casa de Soria. Siempre hemos ido al campo en pleno invierno y el frío no ha sido un obstáculo. Así que, por qué no ese día señalado y por qué no ese sitio entrañable. Cada cual decide qué quiere comer de modo frugal. Recuerdo un caldo caliente que lleva mi madre, una pequeña tortilla de patata, algo de jamón, mejillones, mazapanes y eso sí, una botella de cava y otra de whisky. El whisky se lo debo a mi amigo Felipe, segoviano, que pensando en tamaña excentricidad, dice que si no es con una copa, a ver quién resiste el bajo cero. Una pequeña mesa de madera con sus correspondientes sillitas, de cuando éramos niños, nos acompañan para el rito formal de comer sentados. Un mantel rojo estampado con muñecos de nieve y una vela naranja son nuestros adornos navideños.

Desde antes de Los Rábanos ya no vemos un alma, solo una cigüeña picoteando una tierra roja helada a la altura del Cubo; las cunetas tienen muchos rastros de nieve, pero la calzada está limpia. Cruzamos el Duero por el puente de Torroja, donde nadan tranquilamente tres azulones y recordamos, una vez más, que el pequeño refugio de pescadores lo construyera el tío abuelo Felipe. La sensatez nos entra ligeramente y en vez de coger el camino a la torre que nace antes de llegar a Almarail, seguimos por la carretera para coger una pista de concentración hacia Valdespina, presumiblemente en mejor estado y con menos nieve. En cierto momento nos salta una perdiz a peón, preciosa, orgullosa, que enseguida se esconde tras unas matas. En esa pista es donde está uno de los chopos supervivientes que plantara mi padre junto a una fuente, y es en esa fuente donde plantamos la mesa y nuestras posaderas.

Desde ahí se domina un extenso encinar culminado por la Turujalba. No es como estar en la propia torre, pero realmente el día no está para más bravezas que la descrita, que ya no está mal. No hay rastro humano por ninguna parte, pero recordamos que al cruzar Rabanera, en una casa, junto a la carretera, había un adorno navideño luminoso en una ventana y eso, claro está, humaniza el territorio. Una, dos, tres veces, incontables veces encendemos la vela y esta se apaga por el cortante aire. Reímos. La fuente tiene una capa de hielo de varios centímetros. Comemos y bebemos, cantamos lo que podemos, brindamos por la familia ausente y los amigos queridos. Afortunadamente no hay cobertura telefónica, y eso nos hace vivir en mayor soledad ese momento mágico tan entrañable. Más de hora y media sentados bajo un frío considerable, con tres ó cuatro grados bajo cero, viendo esos páramos helados hacia Alparrache y Borjabad, donde aisladas encinas y restos de majadas destacan sobre la nieve. Sabemos que la torre es nuestro testigo, y aunque no la hemos tocado, la hemos sentido próxima, protectora.

Tras esta navidad de 2004, la siguiente fuimos infieles a la Turujalba y la pasamos en un terreno familiar próximo a La Rubia. La presencia de amigos, familia y el sonido del móvil, nos hizo recapacitar y decidimos que había que volver a nuestra solitaria torre. Así que en 2006 repetimos nuestra particular celebración y, una vez más, comimos en la fuente de Valdespina. Fue una navidad más clemente, menos heladora y con un tímido sol, lo que nos invitó a subir finalmente a la torre y disfrutar de las cumbres suavemente nevadas de Urbión y el Moncayo. El año 2007 nos llevo un poco más lejos y la comida navideña fue en Berlín, donde la Turujalba no estaba, pero el frío si cabe, más. Por suerte en 2008, el 25 de diciembre amaneció radiante, con buena temperatura y fuimos directamente a la torre, sin cruzar Almarail. El Moncayo estaba completamente blanco, vimos varias perdices a peón, y entre las encinas y los robles, próximos al Duero, muchos chopos desnudos esperando la aún lejana primavera. Ese día reímos mucho y las fotos así lo demuestran; recordamos el frío de las anteriores, la dificultad de movernos con el hielo, ese cava que se bebía como pócima milagrosa...

Desde entonces no habíamos vuelto a pasar el día de navidad en pleno campo por diversos motivos. Yo sentía que había que volver, que se lo debíamos a la Turujalba. Y el diciembre pasado mi hermano José Ramón me habla de la amistad que le une con el alcalde de Almarail, 'un chico joven, emprendedor, muy cariñoso', que le comenta que la gente del pueblo, en hermandad, va a subir a la torre la víspera de la navidad a llevar un belén. Mi hermano le cuenta lo que veníamos haciendo mis padres y yo años anteriores, y Juanjo, el alcalde, le dice que nos unamos a ellos. Lo que no sé es qué pensaría él de nosotros, una familia soriana pasando el día de navidad en la torre de su pueblo, ¿excéntricos, locos?, ¡qué sé yo!

Mi padre había fallecido meses atrás y yo pensaba que aún siendo duro para mi madre repetir ese hecho, también podía estar cargado de un simbolismo bonito.

Y de pronto la Turujalba se convierte en Torrejalba, ¡milagro!

El sábado 22 de diciembre nos citamos con los vecinos de Almarail en la antigua escuela, hoy sede de la asociación cultural; mi madre y yo no conocemos a nadie, pero ahí vamos, puntuales. Enseguida vemos a Juanjo, a su madre Puri y a su tía Alejandra que se muestran sonrientes, acogedores, complacidos de nuestra presencia. Poco a poco van llegando, entre otros, D. Jesús, abad de la concatedral, José Félix, Marga, sus hijos; entre el grupo reconozco a Ana y a Jesús, sorianos como yo. El ambiente navideño lo marcan los gorros de papa-noel y de cabezas de reno, que algunos llevan. Es una mañana fresca, pero muy soleada y emprendemos la subida a la torre. Descubrimos que todo el mundo se refiere a 'nuestra' Turujalba como Torrejalba y como tal ya queda bautizada. Mi madre es la veterana de este grupo de más de 20 personas. Puri y Alejandra se acomodan a su paso, como también lo hacen Ana y Jesús, mientras Juanjo, puente con el resto del grupo, va haciendo fotos. Los niños llegan pronto a Torrejalba, poco a poco los demás. La subida es divertida, entretenida, hablamos mucho, nos vamos conociendo. En la torre José Félix, su mujer Marga y algún otro valiente trepan a lo que en su día fuera la entrada elevada a la torre y colocan un pequeño portal de belén. El abad bendice el acto. Cantamos villancicos, tomamos polvorones y cava. Es un momento fraternal, tierno, verdadero. Las sierras tienen poca nieve, el cielo algunas nubes, el Duero discurre tranquilo y el sol lo inunda todo.

Qué distinta estampa a la de otros años. Años bajo el cobijo de la atalaya árabe, sin más vinculación a Almarail y, de pronto, surge el calor humano de sus vecinos. Iniciamos el descenso, contentos y con ganas de compartir la comida en la vieja escuela. Mi padre ausente de su Turujalba, y nosotras ya vinculadas a este pueblo y a la recién rebautizada Torrejalba.